

La autobiografía, una reflexión

Marta Alicia Pérez Gómez

¿Escribir acerca de uno mismo? ¿Lo vivido por un individuo tiene importancia para los demás?

Es una pregunta que parece no estar en la conciencia de los escritores ni tampoco de la gente común, pues tanto en los relatos literarios como en las conversaciones con los amigos se evocan con insistencia el acontecer de la infancia, los sueños y los recónditos deseos.

Para los ególatras, para los vanidosos, una novela autobiográfica o una biografía escrita por un autor de renombre es el culmen de la felicidad, mientras que para alguien que carezca de amor propio, para los modestos, puede representar un terrible sufrimiento, una pena que devela su intimidad, los más ocultos secretos.

Conocer la vida de los otros, escudriñar en sus vivencias y pensamientos más íntimos es una tentación que anima la curiosidad del novelista, pero también del periodista, del guionista de películas, de su director, y en especial de los actores, quienes en los llamados *biopics*, habitualmente de muy difícil interpretación, encarnan un personaje de manera tan profunda que luego les cuesta desprenderse de su identidad y retornar a su propia realidad. Sucede entonces cierta despersonalización y por un tiempo no son ellos, son otros. Viven vidas ajenas, unas radiantes, otras siniestras.

Los espectadores nos identificamos con esos personajes cinematográficos, también los lectores con los personajes literarios cuando se asemejan a nuestra vida y, en una vuelta de tuerca, somos Ava Gardner, Audrey Hepburn, Marilyn Monroe, Ana Karénina, Madame Bovary o Carmen, la heroína de Bizet; Iván Karámazov, Otelo o Gregorio Samsa.

Envidiamos su extraordinaria belleza, su talento, sus aventuras amorosas, su pasión prohibida; y nos asusta el carácter sombrío, enigmático, el nihilismo, la rebelión, el ansia de libertad, los frenéticos celos, la sumisión y el terror al padre (al jefe), presentes en estos últimos.

Desde la niñez se vive ese sentimiento, el “no ser”, los padres no son los verdaderos, son otros, y empieza una búsqueda incesante por encontrar los auténticos. Una insatisfacción con el propio yo persigue al niño, al adolescente, que no se acepta a sí mismo y se identifica con los ídolos, se mira en esos espejos y así construye y reconstruye su imagen en una loca carrera por encontrarse. Es un eterno *guardián entre el centeno*. Y, llegado a la adultez, la leyenda continúa; la vida es pues una historia del yo.

El yo es el personaje que más amamos o, en las antípodas, el que más odiamos, pero del cual no podemos zafarnos y nos persigue como una sombra, *una sombra larga*.

El yo, o se autoproclama inteligente, valioso, el mejor de todos; o, si es muy severo y la culpa lo persigue, se autodestruye, es el peor.

A veces con mucha vergüenza, a veces con mucha pasión, hablar de sí mismo se convierte en el tema más interesante. Aflora en los relatos del escritor, en el diván del psicoanalista o en la obsesiva conversación cotidiana cuando charlamos con un amigo, incluso con un extraño.

En la actualidad sucede una cosa curiosa, motivo de esta reflexión y del tema de este número



Elizabeth Builes. *Entero*

de la *Agenda Cultural*: en un trabajo académico, en el que antes se reprochaba hablar en primera persona y se exigía un tono neutro; hoy, en los autores, en los investigadores, brota con mucha fuerza ese yo. No obstante, pienso que, citando a Ortega y Gasset, hay que añadir el entorno: “yo soy yo y mi circunstancia”.

Me asombra que desaparezcan los otros, o aun el nosotros, pero hay una esperanza cuando algunos autores no se ocupan de sí mismos, sino que dedican su tiempo y su esfuerzo a escribir acerca de la vida y la historia de alguien; eso es reconocer que la existencia de un tercero merece ser narrada y hace volver la mirada a lo externo, a la contemplación del otro, aunque sea un *alter ego*.

Por eso me inclino por las biografías, porque las autobiografías pueden estar viciadas por un excesivo amor propio o por el rechazo o el odio de sí. Siempre hay una distorsión, un imaginario engañoso, una ficción, porque hablar de sí mismo es casi siempre un desatino, un desvarío y una verdad ilusoria en la que

solo los datos son creíbles cuando refieren episodios familiares o tienen que ver con el entorno, con las casas habitadas, con la ciudad o con el pueblo nativo. Es el caso de las autobiografías de Elías Canetti, Truman Capote o Winston Churchill, entre otras maravillosas excepciones al mencionado desvarío, a la ilusoria verdad.

A pesar de lo anterior, pienso que es imposible ser objetivo al escribir sobre uno mismo. Todo está teñido por la vivencia y la emoción y tergiversado por la maravillosa y mentirosa memoria.

En cambio, la mirada del otro descubre nuestra esencia al situarnos detrás del espejo, como le sucede a Alicia, y no de frente como lo haríamos en una falaz autoficción.

Marta Alicia Pérez Gómez es Bibliotecóloga y profesora jubilada de la Universidad de Antioquia. Integrante del comité editorial de la revista *Agenda Cultural Alma Máter*.